

Entrevista a Hilga Miller, grabada por Hester Carvalho

En 1956, cuando tenía veintipocos años, sufría mucho de asma en la fría y húmeda Ámsterdam. Alguien me dijo: “¿Por qué no te vas a España por un tiempo? Allí el aire es más seco. Por ejemplo, a Altea, conozco a un holandés que vive allí”.

Tomé el tren, otro tren y otro más, y finalmente llegué una tarde de diciembre a Altea, un pequeño pueblo en la costa. El sol brillaba, vi la playa de guijarros, me quité los zapatos y me lancé al mar.

Luego fui a buscar al tal holandés, estaba en un café y de inmediato me consiguió un sitio donde vivir. Bueno, un sitio para vivir, era un cobertizo para cabras en la playa, las cabras abajo y yo arriba. Pagaba 30 florines al mes, limpieza incluida. Nunca antes había estado en España y me di cuenta de que estaba en un mundo diferente, comparado con lo que conocía de los Países Bajos, Francia y Escocia. Me fascinó inmediatamente todo lo que veía a mi alrededor, el pueblo y sus alrededores. Mirando hacia atrás, solo puedo describirlo como “gráfico” por las líneas limpias y el profundo blanco y negro. En el pueblo veía a la gente vestida de negro y las casas completamente blancas, con la pintura despegándose de las paredes. La forma de las casas y los edificios, con esas superficies cuadradas y las sombras que proyectaba la luz brillante, tenían algo de cubista. Me pareció asombrosamente hermoso.

Cuando paseaba por el pueblo, siempre había una puerta abierta en algún lugar. Las habitaciones que veía a través de estas puertas estaban a menudo casi vacías. Quizá había dos sillas, un nicho en la pared con una mariposa, un cuenco con una mecha en aceite que daba una tenue luz. Y en algún lugar al fondo había una mesa. El estilo y sencillez era nuevos y especiales para mí.

Antes de irme de Ámsterdam, había recibido una cámara como regalo de despedida, una ‘Flexaret’ en la que mirabas desde arriba y veías una imagen de seis por seis centímetros. Nunca había usado la cámara antes. Ahora veía a estas personas, las casas y las calles, y pensaba: “Quiero tomar fotos aquí”. Mientras tanto, aprendí español al caminar hacia el barrio de San Roque y al intentar hablar con las mujeres que barrían el patio o tendían la ropa. Había aprendido una frase, “¿Cómo se dice esto en español?”, y señalaba algo. Cuando ellas lo decían y yo lo repetía, siempre las hacía reír. Así fue como aprendí el idioma. O salía a hacer fotos. Caminaba con mi Flexaret por las calles y plazas y busqué las escenas, posición y proporción ‘correctas’. Veía el blanco-negro del sol-sombra, donde, sencillamente, un aldeano estaba de pie. O las sillas de mimbre colgadas a secar en la pared, a un metro del suelo. O una playa blanca con sólo un hombre en una silla tocando la guitarra al pleno sol.

Había tanto que ver, y era tan diferente a lo que conocía en Ámsterdam. Podía mirar sin fin las figuras ‘negras’ que pasaban por las casas. Sí, casi siempre iban vestidas de negro. ¿Por qué? Estaban de luto. Todos los mayores de cuarenta años habían experimentado una muerte en su círculo. Así que, desde entonces, había que vestirse de negro. Después de que alguien moría, inmediatamente metías tu ropa en el baño de tinte. Especialmente las mujeres mayores, para quienes las reglas eran aún más estrictas, vestían solo de negro.

Cualquiera en Altea que quisiera una foto o retrato iba a la tienda de fotografía de los hermanos Coello, Pepe y Francisco. Mi abordaje era desconocido. Yo era un fotógrafo de calle, buscando momentos inesperados. Siempre puede pasar algo en la calle. Veía a la gente asomándose por las ventanas, conversando entre ellos. Veía a mujeres y hombres recogiendo las vainas de algarrobo, que son los frutos del algarrobo, golpeando las ramas con largos palos de bambú.

En el pueblo, la mayoría de las calles aún no estaban pavimentadas. La gente se movía a pie; el transporte de mercancías se hacía en burro o mula. En la parte del pueblo donde yo estaba a menudo, San Roque, apenas había tiendas. De vez en cuando llegaba un camión viejo con barriles de aceite de oliva, de los cuales podías llenar tus garrafas. El hombre de las gafas, que llevaba una chaqueta corta, venía regularmente. Cuando abría las solapas de su chaqueta, se veían muchas gafas en bolsas. Las mujeres de San Roque se reunían alrededor de él y probaban las gafas, todas tenían una fórmula diferente. Algunas estaban medio rotas y se sostenían con cinta adhesiva. El hombre de los cuchillos tenía una chaqueta igual, llena de cuchillos afilados. El viticultor también pasaba, y podías llenar garrafas de ocho o dieciséis litros de los grandes barriles de su camión. Desafortunadamente, su vino era bastante malo; siempre me dejaba la lengua azul.

Era amiga de Adolfo, un cantante con guitarra que sabía un poco de flamenco, pero no podía cantar. Sonaba como un pato enfermo. Aun así, ganaba algo de dinero, lo suficiente para vivir en un camión. Esa era su casa. Salía de la cabina todos los días perfectamente vestido. Con una chaqueta pulcra, pantalones ajustados, calcetines amarillos y zapatos negros puntiagudos, listo para actuar. Salvo Adolfo, los hombres generalmente no solían llevar zapatos. En el campo, caminaban con alpargatas, hechas de yute y tela y con un trozo de neumático viejo como suela. Indestructibles. Y si se gastaban, podías repararlas con el zapatero. Eran las clásicas alpargatas españolas; ya puedes verlas en los cuadros de Goya. Yo también llevaba esas alpargatas. Hice todo lo que era ‘español’: comer mucho ajo, en el alioli por ejemplo, y no usar un encendedor normal, sino un ‘mechero’, un trozo de mecha preparada que aguantaba bien el viento. Encendías la mecha con una chispa de un encendedor, lo que hacía que el mechero se encendiera y podías encender una ronda de cigarrillos.

Desde Altea viajé mucho por otras partes del país. Así fue como me fui entrelazando con la vida española. Venía todos los inviernos, cuando comenzaba la temporada de asma en los Países Bajos, y me iba de nuevo cuando hacía demasiado calor en verano. Seguía tomando fotos. Primero con la Flexaret, luego con una Nikon, después con el iPhone. Y así sigo haciéndolo. Casi setenta años ya.

Ámsterdam, 2025

Grabado por Hester Carvalho